

Ana Alonso

# Un hotel en la bahía

Ilustraciones  
de Pablo Torrecilla

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: marzo 2014

Dirección de la colección: Olga Escobar

- © Del texto: Ana Alonso, 2014  
© De las ilustraciones: Pablo Torrecilla, 2014  
© De las fotografías de cubierta: 123 RF/Quick Image y Archivo Anaya  
© De las fotografías de las fichas: Archivo Anaya  
(Leiva, Á., Martín, Joseph)  
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2014  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
www.pizcadesal.es  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:  
Miguel Ángel Pacheco y Javier Serrano

ISBN: 978-84-678-6106-8  
Depósito legal: M. 2454/2014  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Ana Alonso

# Un hotel en la bahía

Ilustraciones  
de Pablo Torrecilla



ANAYA

## CAPÍTULO 1

Mientras sus padres sacaban el equipaje del maletero, Jorge, apoyado en sus muletas, se dedicó a observar con aire desafiante la fachada trasera del hotel Los Miradores. Con sus torrecillas, sus galerías acristaladas y sus aleros de tejas verdes, el edificio habría sido un buen escenario para rodar una película de terror. De vampiros, o mejor de fantasmas. Jorge pensó que era el lugar perfecto para pasar el peor verano de su vida.

Dos semanas antes se había roto el tobillo derecho jugando al fútbol. Así, de repente, de la manera más tonta. Nadie le había dado una patada, ni le habían hecho falta, ni siquiera estaba cerca de la pelota cuando se derrumbó en el suelo. Iba corriendo y pisó mal, nada más.

Al principio no quería ir a Urgencias, se resistió todo lo que pudo. Pero su madre, en esas cosas, era implacable... Tres horas después, con un par de radiografías en la mano, una doctora muy amable le explicó que

tenía una rotura de ligamentos. Y algunas otras lesiones, dijo. Después vino la sentencia final: en principio, un mes escayolado. Quizá más tiempo. Y cuando le quitaran la escayola, nada de correr ni hacer deporte durante dos meses. En definitiva, todo el verano arruinado... para él, y para toda la familia.

En el asiento trasero, los mellizos chillaban, peleándose por la consola portátil. La que más gritaba era Carlota; Iván más bien rugía como un cachorro de león furioso. Jorge se alejó cojeando del vehículo para no oírlos. Llevaba cinco horas encerrado con ellos, escuchando sus interminables discusiones sobre el videojuego al que estaban enganchados. Y lo peor era que ni siquiera tenía derecho a enfadarse... ¿Qué podía decirles? ¡Solo tenían siete años!

Siguió avanzando, salto a salto, hacia la puerta de cristal que daba acceso a la recepción. Cuanto más se acercaba al edificio, más evidentes eran los signos de abandono en su fachada. El barniz blanco de las contraventanas aparecía rajado y deslucido, y la pintura verde pastel de la fachada exhibía un par de desconchones por los que afloraba la polvorienta claridad del yeso.

Vaya un sitio que habían elegido sus padres... y todo por culpa de la abuela Concha. La idea de que se refugiasen en aquel hotel había sido suya.

Si no hubiera sido por la lesión, se habrían ido a Levante, como todos los años. Siempre alquilaban el

mismo apartamento, en primera línea de playa. Un tercer piso sin ascensor... Pero ¿a quién le importaba? Si no hubiera sido por la maldita lesión, Jorge estaría a esas horas buscando a sus amigos del verano para dar una vuelta por la playa. Conocía a todos los chicos de la urbanización. Algunos vivían en Madrid, como él, pero durante el curso no se veían mucho. Solo en los cumpleaños.

Durante todo el año había soñado con aquellas tres semanas de calor, arena y olas, con el olor de los eucaliptos que bordeaban la playa y el aroma del cloro pegado a su piel cuando subía a las ocho de la tarde de la piscina. Había soñado con las cenas a la luz de la luna en la pizzería Il Duomo, que tenía las mejores *pizzas* de anchoas del mundo. Y con los fuegos artificiales de la fiesta de los pescadores, con las excursiones de día completo por los acantilados, con las partidas de tenis de mesa que jugaba con su padre mientras los mellizos se entretenían en el parque infantil de la urbanización, tan lejos que apenas podía oírlos...

Pero aquella maldita escayola había acabado con todo. Hubo que cancelar el alquiler del apartamento. Su madre intentó encontrar otro con accesos adaptados para minusválidos, pero el verano estaba a punto de empezar y ya no había nada disponible.

Entonces fue cuando a la abuela se le ocurrió sugerir lo de aquel hotelito donde ella solía pasar las vacaciones con el abuelo hasta que se quedó viuda. En el

norte, sin calores, sin sofoquinas, repetía sin parar, como si eso fuera algo bueno. Un hotel familiar, donde «el niño» (o sea, él) podía quedarse todo el día con tranquilidad mientras los demás disfrutaban de la playa. «De toda confianza»... La abuela se ofreció a hablar con la dueña, una tal Mercedes, para que los recibiesen lo mejor posible. Ella no podía acompañarles, pero estaría pendiente. Estaba segura de que Mercedes los trataría como si fueran de la familia.

Eso fue todo. No hizo falta que dijese nada más. Por lo visto, a sus padres la idea les pareció estupenda. «Un cambio de aires nos vendrá bien», fue lo que le dijeron.





Y allí estaban.

—Iván, Carlota, coged cada uno vuestra maleta, que yo no puedo con todo —dijo su madre, con ese tono de voz irritado y mandón que se le ponía cuando estaba nerviosa.

—¿Y por qué Jorge no coge la suya? —preguntó Carlota.

—Porque no puede. ¡Jorge! De todas maneras, podías colaborar...

Jorge regresó cojeando sobre sus pasos y dejó que su madre le colgase del brazo un cesto de playa lleno de toallas.

—Con esto sí puedes, ¿no? Ve adelantándote. ¡Iván, ven aquí! ¿Qué haces descalzo? ¿Dónde están tus sandalias?

Mientras los mellizos vociferaban sus explicaciones sobre las sandalias, Jorge se dirigió sin volverse una sola vez a la entrada trasera del hotel. La puerta no era automática, y le costó bastante trabajo abrirla y sujetarla para pasar sin que se le cayesen el cesto ni la muleta derecha.

Dentro del hotel reinaba una penumbra fresca y acogedora. Había sillones tapizados de granate, y el suelo y las paredes eran de madera oscura. Detrás del mostrador, una chica morena, con el pelo muy corto, miraba con gran concentración la pantalla de su móvil mientras sus dedos volaban sobre el teclado táctil.

La chica levantó la cabeza al verlo entrar.

—Ah, ya estáis aquí —dijo. Tenía una voz brusca, un poco agresiva—. Los del accidentado. A ver, Mercedes quiere que os ponga en la planta uno por lo de tu pie. Me imagino que ya habrán terminado de preparar la habitación... ¿Un documento de identidad?

Antes de que pudiera responder, la atención de la recepcionista se desvió hacia la mujer que en ese momento descendía por las escaleras.

—Franca... ¿qué pasa, algún problema?

La mujer siguió descendiendo con la cabeza muy erguida bajo una enorme pámela blanca. Llevaba gafas de sol y un vestido blanco y negro. Tenía el pelo oscuro, y la piel delicada y flácida de una anciana.

—El huésped de la 204. No deja de teclear en su ordenador —explicó con un marcado acento extranjero—. No puedo concentrarme... Estoy estudiándome un guion nuevo y no puedo distraerme. Es una desesperación...

—¿Por qué no sale al jardín? Es perfecto para concentrarse. Al lado de la fuente, ¿eh? ¿Qué le parece si le pido un dry martini para que se lo lleven enseguida? Una atención del hotel, por las molestias.

—¡Eso es espléndido! Esperaré fuera. Pero antes tengo que subir a por el guion.

La mujer se alejó escaleras arriba. Un par de minutos después oyeron el ruido de una puerta al cerrarse en el pasillo del primer piso.

La recepcionista meneó la cabeza con una sombra de sonrisa en los labios.

—Pobre Franca. En sus buenos tiempos fue una actriz bastante conocida. Hace veinte años que no rueda una película, pero desde que la conozco siempre está leyendo guiones. Se los manda su agente, para tenerla entretenida. Ven aquí, anda... Me llamo Iratxe, ¿y tú?

—Yo, Jorge.

En ese momento, el resto de la familia irrumpió ruidosamente en el hotel. Y todos venían hablando al mismo tiempo. Quique, el padre de Jorge, intentaba calmar a Iván, que se había pillado la mano con el asa extensible de su maleta de los Vengadores. Pilar, la madre, estaba regañando a Carlota, que acababa de atropellarla con su maleta de Minnie Mouse. Y Carlota, al ver a Jorge, empezó a canturrear:

—Mira lo que se te ha olvidadoooo. Ahora es míaaaa. No te la pienso daaaaar...

—¡Mi cámara! Mamá, dile que me la dé. Como la tires al suelo, vas a ver...

Jorge se interrumpió al ver aparecer a una chica en la puerta del restaurante. Debía de tener once o doce años, a juzgar por su estatura. Llevaba el pelo oscuro atado en una cola de caballo alta, y su cara pálida y pecosa reflejaba una mezcla de asombro y fastidio.

Los ojos grises de la chica se encontraron con los suyos.

—¡Mira, Jorge, qué bien, una amiga de tu edad!  
—dijo Pilar, al tiempo que le tendía a Iratxe su DNI—.  
¿Lo ves? Ya tienes alguien con quien jugar.

Jorge habría querido meterse debajo del mostrador y no volver a salir hasta que terminasen las vacaciones. Pero con aquellas muletas, ni siquiera podía darse la vuelta, para que la chica no notase lo avergonzado que estaba. ¿Lo hacía a propósito su madre? ¿O le salía sin pensar?

Y lo peor era que aún no había terminado.

—Ven aquí, bonita... ¿Cómo te llamas? —preguntó Pilar con una sonrisa más que forzada—. ¿Vas a estar mucho tiempo en el hotel?

La chica frunció ligeramente el ceño.

—Blanca —murmuró—. Hasta luego...

Y, metiéndose de nuevo en el restaurante, cerró la puerta tras de sí.

—Vaya, no es muy comunicativa —dijo Pilar, molesta—. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Blanca —repitió Iratxe—. Es la nieta de la dueña. Tiene su carácter, pero es buena niña en el fondo. Eso sí, hay que conocerla... No se lo tome a mal, es que ella es así.

## Un hotel en la bahía

Con una pierna escayolada y un largo verano por delante, en un viejo hotel a orillas del Cantábrico, Jorge se dispone a pasar las peores vacaciones de su vida. Pero todo cambia cuando conoce a Blanca, la nieta de la dueña del hotel, y esta le revela su sorprendente secreto: uno de los cuadros del hotel contiene la clave para encontrar un valioso tesoro artístico. Pero ¿cuál de ellos? Eso es lo que Jorge y Blanca tendrán que averiguar.

## Con este libro aprenderás...

Sobre las representaciones de las sombras en la pintura y toda la información que estas revelan.

Plástica



**PIZCA DE SAL**

¡Para hacer más sabrosa la lectura!



1589030

**ANAYA**  
www.anayainfantiljuvenil.com